

COMENTARIO

Mientras uno recorría las espléndidas tierras italianas, henchidas siempre de historia, de leyenda y de belleza, y que ahora se depuran en una épica tragedia—en la trágica epopeya de la definitiva afirmación del alma latina de la nación unificada y redimida—no hacía más que procurarse cada noche los diarios y buscar si allá, en algún rincón de sus hojas, entre noticias de la revolución rusa, de las gestiones del Papa o de los comunicados de guerra se decía algo de España, de nuestra España. O por lo menos, si no de la nuestra, de la otra, de la de ellos. ¡Y nada!, ni cuatro líneas; nada de España, nada de nuestra España; nada tampoco de la otra España, de la de ellos... Sólo una vez, en una de nuestras intensas jornadas italianas, un pobre telegrama vergonzante, en no sabemos ya qué diario, en que se decía como en cifra y en enigma algo de Dato y del general Marina; no recordamos ya qué. Y nos miramos unos a otros los cinco españoles que allí íbamos y nos preguntamos qué querría decir aquello. Y aumentó nuestra ansiedad de saber lo que ocurriría en nuestra España, en la nuestra. O siquiera en la suya, en la de ellos, en la de los otros.

Por cortesía, por fineza—quién sabe si por otro sentimiento—se nos preguntaba por el estado interior de España de que allí saben poco y parece que no se cuidan demasiado de saber mucho más. «¿Y qué hace España?» Y no sabíamos decir lo que hace España. Nos lo preguntó también Cadorna.

Y llegamos a España ansiosos de novedades y nos encontramos con la triste antigüedad, con la normalidad de lo anormal, con el lúgubre silencio impuesto sobre que flotan las mentiras de un Gobierno corruptor y ventajista. Y allá, en el fondo, cosas que se vislumbran y se suponen y otras se fingen. Absurdas versiones por dondequiera. Un desconcierto de agonia moral.

Y sobre esta miseria, sobre esta trágica cobardía de todos—¡todos cobardes, todos!—, la voz hipócrita de los ministeriales del servilismo, predicando el más sórdido materialismo. Porque el conservadurismo idóneo no es nada más que materialismo, y el más bajo.

Según ellos, según esos hoy políticos honorarios y acaso mañana verdugos honorarios, al pueblo le tiene sin cuidado la política y no se conoce en nada la suspensión de las garantías constitucionales y todos esos anhelos de renovación, o digase mejor revolución moral, son cosa de intelectuales despechados. Para esa tropilla la dignidad no pasa de amor propio y los derechos del hombre, de

todo hombre, de cada hombre, no existen. Lo único que debe importarnos es lo de las subsistencias y los transportes. ¿Quién fué el intelectual que dijo que no sólo de pan vive el hombre?

¿A quién se le ocurre quejarse de que nos pongan mordaza y de que mientras no se nos deja decir la verdad, la pura verdad, la sola y limpia verdad, ellos pueden esparcir mentiras? ¿A quién se le ocurre quejarse de que mientras no podemos defendernos puedan los ministros mismos de este Gobierno de corrupción insinuar e infiltrar por todas partes sus sutiles mentiras?

Y ese felino corruptor de conciencias que está al frente del Gobierno, cada vez que abre su boca ante periodistas repite con silbante monotonía que la opinión está con él, con su Gobierno. No, lo que está con él es la no opinión—que acaso es más que la opinión—; lo que está con él es la «voluntad» nacional, es la inconsciencia, es el cansancio, es el desengaño, es la trágica cansera española, es la incivilidad.

Hace caer el corazón leer el corrompido órgano del conservadurismo al servicio del Poder hoy—¿de qué Poder?—; hace caer el corazón leer las infectas doctrinas de ese faraute del materialismo de buen tono, del materialismo de los ateos que oyen misa a diario, de los hombres que se dicen de orden.

Veníamos de unas tierras donde arde y alumbraba la trágica epopeya de una guerra terrible, muy terrible; pero que está renovando la conciencia civil de Europa y la del mundo, y caímos en el gris y frío crepúsculo peor que tinieblas profundas—de una normalidad de potro y de tortura. Y hay bocas que bostezan bajo la mordaza.

Y aprovechándose del estupor que ha causado la represión preventiva—¿represión de qué?—y el miedo retrospectivo—como aquel famoso de Tartarín en los Alpes—a violencias que se ha hecho creer a los papanatas que nos amagaban, aprovechándose del estupor causado por el desenlace de la comedia que provocó el Gobierno, éste prepara unas elecciones municipales en que se vea que el pueblo no quiere política. Se cuenta, ¡claro está!, con que las Asociaciones obreras, las verdaderamente populares, acosadas y perseguidas por el Gobierno—y no por su propia mano—abandonen el campo de la lucha. Muchos de sus caudillos están procesados. Y ahora, sobre el estupor y el abatimiento por lo que ha pasado, sobre esto que el ventajista presiden-

te del Consejo llama la pacificación de los espíritus, sobre esto se va a llamar a la opinión. Y luego ese hombre de meliflua perfidia dirá: «¿Lo ven ustedes? ¿Ven ustedes cómo la opinión está con nosotros?»

Tremendos son los espectáculos de guerra que uno ve por esos convulsionados campos de la Europa en armas; ¡pero esto... esto! Esto es peor que la guerra; esto es la muerte de

la conciencia civil pública. Porque aquí, ¿quién manda? Todos están desmandados los que debieran mandar. ¡Cien veces mejor la tiranía!

Y hay que acabar con la leyenda de la vaselina. La vaselina, esa leyendaria, es venenosa e infecta; es podredumbre; es soborno y es mentira; es mala fe. ¡Mala fe, sí, mala fe!

Miguel de Unamuno.

